

Parroquia del Santísimo Redentor

TERCERA SEMANA DE CUARESMA:

LA SED DE JESÚS Y LA SAMARITANA

Este tercer domingo de Cuaresma presentamos en la Parroquia Santísimo Redentor de Madrid el cuadro EL LAVATORIO DE LOS PIES, de Jacopo Tintoretto, aunque el Evangelio de este día (Jn 4, 5-42) nos muestra a Jesús cansado y con sed, ante una mujer que va con su cántaro a por agua. Entre ellos, un pozo y las afueras de un pueblo. Pleno sol.

El pozo tiene su historia, ahí bebieron Jacob, su esposa, sus hijos y abrevaron sus ganados. Pero en las Escrituras encontramos expresada “una sed más profunda que la sed física”.

Jesús no solo tiene sed, está esperando a los discípulos que traerán comida. Pero llega una mujer con la que se abre un diálogo que pareciera la entrada en la profundidad del pozo.



Los dos se necesitan. Él no puede sacar agua. Ella necesita un encuentro en el que pueda experimentarse reconocida en su dignidad de ser humano. Es una mujer que pregunta: “¿Cómo tú siendo judío me pides de beber a mi que soy una samaritana?”. Jesús tiene para ella y para nosotros una respuesta: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber” ... Él te daría agua viva”. Y ella entra a esa invitación.

Hay un giro en la conversación, como si se hubiese tocado el fondo del pozo. Y apareciese la verdad más profunda de cada uno. Él es el agua viva. Ella abandona el cántaro de lo agotable. Él le ofrece un manantial que dentro de ella manará agua “que salta hasta la vida eterna”. Se transforma en una discípula de Jesús, portadora de la buena noticia. Quedó liberado su deseo: “Dame, Señor, de esa agua”.

En esta Cuaresma, en cuarentena, como la samaritana, también le pedimos a Jesús “el agua viva” que nos abra un horizonte de liberación y eternidad.

Jesús transforma el pozo en un manantial interior en el que, como la mujer, podemos ser nosotros mismos, sabernos acogidos en nuestra dignidad, experimentar nuestra historia aceptada por Jesús.

Hay otro lugar donde Jesús vuelve a tener sed, es en la cruz. También ahí brotará de Él un manantial de agua viva, de su costado abierto.

Jesús nos muestra, entregándose, lo innecesario del “cántaro” que no sacia la sed. Con Él, ni pozo, ni cántaro, sino un manantial. Él nos acoge con toda nuestra realidad.

En el evangelio del Lunes Santo veremos cómo otra mujer (Jn 12, 1-11), perfumará los pies del Señor con esencia de nardo, del bueno, expresando así el sentimiento más sublime. Llegar a esos sentimientos hacia Jesús y quienes Él ama, perfuman el camino hacia la Pascua.

Contemplando a Jesús como símbolo del “Agua viva” lo podemos ver sumergido en las aguas del Jordán. En nuestro bautismo. Ya desde entonces se nos pide que lo escuchemos.

En el cuadro de **JACOPO TINTORETTO**, que presentamos esta tercera semana de Cuaresma, vemos un gesto propio del Jueves Santo, EL LAVATORIO DE LOS PIES A LOS DISCÍPULOS. Es un óleo sobre lienzo pintado entre 1548-49 y expuesto en la sala 025 del Museo del Prado. Sorprende la arquitectura que aparece en esta obra de la que solo mostramos parte. Dejamos esos aspectos y otros para centrarnos en un sencillo aporte espiritual que nos lleve a ver a Jesús expresando amor y salvación a través del símbolo agua. En otras tradiciones el agua es el elemento que atrapó a Narciso. En Jesús el agua libera y expresa la vida generosa, entregada para el bien de todos.

Contemplando el cuadro vemos a Jesús arrodillado ante uno de los apóstoles. El agua la sirve un discípulo. Es Jesús quien quiere ofrecernos el agua que limpia, salva y sacia la sed de Dios, pero el autor lo presenta arrodillado indicando con sus dedos lo que se debe hacer, lo que debemos hacer. Lavarnos los pies unos a otros. Compartir el agua de la vida. ¿Dejaremos esta Cuaresma que la sed de Jesús y la nuestra se encuentren? ¿Permitiremos que su agua limpie las suciedades de nuestros pies cansados? Él está entre nosotros como el que sirve.

De nuestra libertad depende introducir los pies en la jofaina y que corra el agua que mueve Jesús. También a nosotros nos dice: «Si conocieras quién es el que te dice “dame de beber”». Quisiéramos que nuestra sed y su deseo coincidieran.

Entre los diversos detalles que ha incluido el autor, está la figura de ese perro que es un símbolo de la fidelidad, puesto en el lugar donde un amigo iba a traicionar a Jesús. Y como un cuadro dentro del cuadro, sobre la cabeza de Jesús, podemos ver a un grupo cenando. Se intuye una presencia de la Virgen con un manto azul, compartiendo la cena. Es la presencia de la Mujer que es Madre de la Iglesia.

Si compartimos el “Agua Viva” que es Jesús entraremos con Él a la cena de Pascua. Con el salmo 63 podemos decirle: Señor “mi alma tiene sed de ti”, no quiero vivir como “tierra reseca, agostada, sin agua”.

Nuestro destino no es “un triste camión de basura”. En Jesús encontramos el agua y el perfume “de lo que no ha ocurrido todavía”, de la Pascua que viene. “Hay una sed que no será defraudada”.